



Capítulo 1

Rosie

ALGUIEN ESTABA INTENTANDO ENTRAR EN MI PISO.

Bueno, en teoría, no era mi piso, sino más bien donde me estaba quedando. Pero eso no cambiaba nada. Porque, si algo había aprendido después de vivir en un par de barrios neoyorquinos de dudosa reputación, era que, si no llamaban a la puerta, les importaba un comino si les dabas permiso o no.

Prueba número uno: el traqueteo constante en la puerta principal que, por suerte, estaba cerrada con llave.

El sonido cesó y solté todo el aire que estaba conteniendo.

Esperé, los ojos puestos en la cerradura.

A ver, quizá estaba siendo paranoica. Quizá era un vecino que se había equivocado de piso. O tal vez la persona al otro lado de la puerta estaba a punto de llamar y...

Un ruido, como si alguien acabara de placar la puerta, me asustó y me hizo retroceder de un salto.

Nop.

Ese ruido no era alguien llamando, y dudaba mucho que fuera un vecino.

Mi siguiente inhalación fue tan superficial que el oxígeno apenas llegó a su destino. Pero no podía echarles la culpa a mis pulmones. En realidad, después del día que había tenido, tampoco podía culpar a mi cerebro de no ser capaz de llevar a cabo una función tan básica como la respiración.

Solo habían pasado un par de horas desde que el piso en el que había vivido los últimos cinco años, tan acogedor y cuidado, me había caído encima. Literalmente. Y no estamos hablando de una grieta en el techo que suelta un poco de polvo.

Gran parte del techo se había desprendido. ¡Y había caído! Justo delante de mis ojos. De hecho, casi encima de mí. El agujero era tan grande que le había visto las partes íntimas al señor Brown, el vecino del piso de arriba, que me contemplaba desde las alturas. En el proceso descubrí un detalle que podría haberme ahorrado hasta la muerte y ser completamente feliz: aquel hombre de mediana edad no llevaba nada debajo de la bata. Nada de nada.

Ese hallazgo fue igual de traumático que el trozo de cemento que casi me lapida de camino al sofá.

Y ahora esto. Alguien intentando entrar a la fuerza. Después de recomponerme lo suficiente como para recoger algunas cosas (bajo la atenta e inquisitiva mirada del señor Brown, y de sus partes íntimas, que colgaban con total... libertad) y huir al único sitio que se me había ocurrido, estaban intentando allanarme.

Se oyeron lo que parecían un par de improperios en una lengua extranjera mientras volvía el asalto a la cerradura.

Mierda.

En Nueva York había más de ocho millones de habitantes y tenía que tocarme a mí ser la víctima de un robo.

De puntillas, me di la vuelta y me alejé de la puerta del estudio al que había huido en busca de cobijo. Di un repaso rápido al espacio, aunque ya lo conocía, para analizar mis opciones.

Dada la distribución abierta del apartamento, no había ningún escondite decente. El baño era la única habitación con puerta, pero ni siquiera tenía cerradura. Tampoco había nada que pudiera usar como arma, aparte de un candelabro torcido de cerámica, resultado de un domingo en el que nos había dado por hacer manualidades, y la lámpara de pie de estilo bohemio, aunque parecía muy endeble. Escapar por la ventana no era una opción, porque me encontraba en un segundo real, que ni siquiera tenía escalera de incendios.

Las palabrotas se oían cada vez con mayor claridad. La voz era ronca, musical, pero esas palabras que no entendía se vieron interrumpidas por un bufido.

Se me aceleró el corazón y me llevé las manos a las sienes en un intento de contener un ataque de pánico.

«Podría ser peor», me dije. «Sea quien sea, es obvio que lo de forzar cerraduras no se le da muy bien. Y no sabe que estoy dentro. Cree que el piso está vacío. Eso me da...»

Me sonó el móvil, un sonido alto y estridente que rompió el silencio.

Y delató mi presencia.

Mierda.

Con una mueca, me lancé a por el teléfono que había dejado sobre la isla de la cocina. Solo me separaban un par de pasos. Pero mi cerebro, que todavía batallaba sobre cómo realizar funciones básicas, calculó mal la distancia y acabé estrellándome con un taburete.



—No, no, no. —Las palabras se me escaparon en un gemido mientras, con una mano, intentaba coger el taburete. Sin éxito. Porque...

Cayó estrepitosamente al suelo.

Cerré los ojos con fuerza. Como si mi cerebro estuviera protegiéndome del lío que acababa de armar.

Después de la Gran Explosión, el silencio llenó la habitación con lo que solo podía ser una falsa sensación de calma.

Abrí un ojo y eché un vistazo en dirección a la puerta.

Quizá no había para tanto. Quizá lo había ahuyentado. O a ellos. Y ya estaban...

—¿Hola? —dijo una voz ronca desde el otro lado de la puerta—. ¿Hay alguien en casa?

Mierda.

Me enderecé y me di la vuelta muy despacio. Todavía tenía una oportunidad de...

Por segunda vez, la melodía que había asignado a la aplicación motivacional que me había descargado ese mismo día resonó por todo el apartamento.

Dios. Alguien quería arruinarme el día. Llámalo karma, destino, diosa Fortuna o cualquier otra entidad poderosa a la que era obvio que le había tocado los cojones. Hasta podría ser Murphy y su estúpida ley.

Cogí el móvil para silenciar la maldita aplicación.

Sin querer, me fijé en la supuesta frase motivacional que aparecía en la pantalla: SI LA OPORTUNIDAD NO LLAMA A TU PUERTA, CONSTRUYE UNA PUERTA.

—¿En serio? —susurré.

—Puedo oírte. Lo sabes ¿no? —comentó el intruso—. El móvil,

después el golpe, y otra vez el móvil. —Hizo una pausa y agregó—: ¿Estás... bien? —Fruncí el ceño. Qué considerado para ser un posible ladrón—. Sé que hay alguien ahí dentro. Puedo escuchar tu respiración —insistió. ¿Cómo se atrevía? Como si fuera una persona que respirara fuerte—. Escucha, yo solo quería... —continuó con una risita. ¡Se estaba riendo de mí!

—No, escúchame tú —solté al fin, con la voz rota—. Sea lo que sea que estés haciendo, me da igual. Voy a, voy a... —Me había quedado ahí de pie sin hacer nada, como una tonta. Pero eso iba a cambiar—. Voy a llamar a la policía.

—¿A la policía?

—Exacto. —Desbloquéé el móvil con los dedos temblorosos. Ya había tenido suficiente de esta... esta... situación. No podían pasarme más cosas en un solo día—. Te doy un momento para que te vayas antes de que lleguen. Hay una comisaría a la vuelta de la esquina. —No había ninguna, pero esperaba que él no lo supiera—. Si yo fuera tú, empezaría a correr. —Di un paso mínimo en dirección a la puerta, luego me detuve para escuchar su reacción. Con suerte, sería el sonido de su huida. Pero no oí nada—. ¿Me has oído? —le grité. Endurecí la voz antes de volver a hablar—: Tengo amigos en el departamento de policía. —No los tenía. Aunque mi tío Al era guardia de seguridad de una empresa situada en la Quinta Avenida. El intruso no parecía impresionado, porque no dijo ni mu—. De acuerdo, te he avisado. Estoy marcando el número, así que depende de ti... jodido... allana-moradas de turno.

—¿Qué?

Puse el altavoz, ignorando mis palabras tan poco afortunadas y para nada amenazantes. Segundos después, la voz del operador sonó por todo el piso:

—Nueve, uno, uno. ¿Qué emergencia tiene?

—Hola —dije, y me aclaré la garganta—. Hola. Hay... Alguien está intentando entrar por la fuerza al piso en el que me estoy quedando.

—Un momento, ¿en serio estás llamando? —El intruso resopló y, enseguida, agregó—: Ah, bueno, ya veo. —A continuación, soltó otra risita. ¡Otra risita! ¿Le parecía graciosa la situación?—. Es una broma.

Me indigné.

—¿Una broma?

—¿Hola? —La voz venía del altavoz—. ¿Señorita? Si no es una emergencia...

—Pero sí que lo es —respondí de inmediato—. Como le estaba diciendo, llamo para denunciar que me han forzado la puerta.

El intruso habló antes de que pudiera hacerlo el operador:

—Estoy fuera del piso, en el pasillo. ¿Cómo que he forzado la puerta? Ni siquiera he conseguido entrar.

Ahora que lo escuchaba hablar, podía distinguir su acento con más nitidez. La forma en que pronunciaba ciertas palabras me era familiar y me activó una alarma. Pero no tenía ni ganas ni energía para perder el tiempo con esa alarma.

—Quiero denunciar un intento de robo —corregí.

—Bien, señorita —respondió el operador—. Voy a necesitar que me dé su nombre y la dirección exacta.

—¡Ahora caigo! —exclamó el intruso con tanta intensidad que retrocedí un paso—. Es una de esas bromas pesadas. Lo he visto por la tele. ¿Cómo se llamaba el presentador? El que tiene un *pelazo* increíble. —Hizo una pausa—. Da igual. —Hizo otra pausa—. ¡Me has pillado! Ha sido genial. Mira cómo me río —agregó antes

de soltar una carcajada estridente con la que casi tiro el móvil de la sorpresa—. Ahora, ¿podrías, por favor, abrirme la puerta? Es más de medianoche y estoy destrozado. —Ya se le había ido el buen humor de la voz—. Dile que es graciosísima. Lo recordaremos como una de las mejores bromas de la historia.

¿«Dile que es graciosísima»? ¿A quién se refería?

Fruncí el ceño. Bajé la voz y le hablé al operador:

—¿Lo ha escuchado? Creo que es un perturbado.

—¿Perturbado? —se burló el intruso—. No estoy loco, solo... cansado.

Al otro lado de la puerta, algo cayó al suelo con un golpe seco. Recé porque no fuera él. No estaba de humor como para, encima, tener que lidiar con un hombre inconsciente.

—Lo he escuchado —dijo el operador—. Y señorita, yo...

—¿Me he equivocado de puerta o algo? —interrumpió el intruso.

¿Equivocarse de... puerta?

Eso me llamó la atención.

—Señorita —masculló el operador—, su nombre y la dirección de su casa, por favor.

—Rosie —respondí—, me llamo Rosalyn Graham y... Bueno, técnicamente esta no es mi casa. Me estoy quedando en casa de mi mejor amiga. Ella está de viaje y yo... necesitaba un sitio donde quedarme. Que quede claro que no me he colado. Tengo una llave.

—Yo también tengo una llave —ofreció el intruso.

La situación se estaba convirtiendo en un disco rayado.

—Imposible. —Enfadada, me giré hacia la puerta—. Tengo la única llave de repuesto que existe.

—Señorita Graham —el operador tenía la voz distorsionada a causa del fastidio—, quiero que pare de interactuar con el individuo



y nos indique su dirección. Le enviaremos una patrulla para que verifique que todo está en orden.

Abrí la boca, pero, antes de que me salieran las palabras, el intruso volvió a hablar:

—De verdad que se ha superado.

Otra vez hablando en tercera persona.

Estuvimos unos segundos en silencio. Un golpe rompió el silencio. Parecía que se hubiera desplomado contra su lado de la puerta.

—¿Quién? —pregunté, por fin, mientras ignoraba el «¿señorita Graham?» del operador.

—Mi prima pequeña, se cree muy creativa y graciosa —dijo sin rodeos.

Contuve la respiración en algún punto entre el tórax y la boca.

Prima pequeña.

Ella.

El acento familiar del intruso.

La única explicación posible se formó en mi cabeza.

¿Me había...?

No, no podía ser tan idiota.

—¿Señorita Graham? —Volvió a sonar por la línea—. Si no se trata de una emergencia...

—Lo siento... —Cerré los ojos—. Volveré a llamar si es necesario. Gracias.

Prima pequeña.

Ay, Dios mío. Ay, no. Si se trataba de un primo de Lina, había metido la pata hasta el fondo.

Colgué y me guardé el móvil en el bolsillo trasero mientras me obligaba a respirar con la esperanza de que se me oxigenara el cerebro, ya que, claramente, no estaba funcionando.

—¿De qué prima estamos hablando? —pregunté, aunque estaba bastante segura de la respuesta.

—Catalina.

Era oficial. La había cagado. Y, sin embargo, porque estábamos en Nueva York y tenía un largo historial a la hora de lidiar con gente y situaciones extrañas, añadí:

—Voy a necesitar más información. Podrías haber mirado el nombre en el buzón. —Un suspiro largo y profundo me llegó del otro lado de la madera que nos separaba, lo que me revolvió el estómago—. Lo siento —solté, incapaz de impedir que se me escaparan esas dos palabras, porque lo sentía de verdad—, solo quiero asegurarme de que...

—No sea un perturbado —respondió el intruso antes de que yo pudiera acabar la frase—. Catalina Martín, nacida el veintidós de noviembre. Pelo y ojos marrones, risa estridente. —Cerré los ojos, las arcadas subiéndome por la garganta—. Es bajita, pero, si te da una patada en los huevos, te va a dejar sin aire; lo digo por experiencia. —Hizo una pausa corta—. ¿Qué más? A ver... Ah, odia las serpientes y todo lo que se le parezca, aunque sean unas medias cosidas unas con otras y rellenas de papel higiénico. Ingenioso, ¿no? Bueno, eso fue lo que nos llevó a la patada en los huevos. Así que, en realidad, el perjudicado fui yo.

Efectivamente.

Había metido la pata.

¡Hasta el fondo!

Y me sentía fatal.

Tanto que ni siquiera me atreví a interrumpirlo cuando siguió hablando:

—Se ha ido de viaje un par de semanas. De luna de miel a...



Perú, ¿verdad? —Esperó a que yo se lo confirmara, pero no obtuvo respuesta. Me había quedado sin palabras. Me moría de vergüenza—. El afortunado se llama Aaron. Es alto e intimidado un poco, por lo que he visto en fotos. —Espera. ¿Qué quería decir eso?—. Aún no he tenido el placer de conocerlo en persona. —¿Aún no había conocido a Aaron? Yo... No. No, no, no. No me podía estar pasando esto. Pero entonces añadió—: No pude ir a la boda.

Y confirmé que, en efecto, eso me podía estar pasando. Ninguna de mis anteriores conmociones o bochornos se comparaban con lo que estaba empezando a sentir en aquel preciso instante.

Porque no se trataba de un intruso cualquiera o un perturbado que intentaba allanar el piso de mi mejor amiga.

Este hombre, por el que yo había llamado a la policía, era un familiar de Lina.

Y ahí no acababa la cosa. No. Tenía que ser el único primo que todavía no había conocido a Aaron.

La única persona de toda esa larga lista de familiares españoles de Lina que se había perdido la boda.

Tenía que ser él.

—Me han dicho que fue una fiesta de primera —dijo, y fue como si me hubieran dado un golpe en el pecho—. Lástima que me la perdí.

Sin saber cómo, me di cuenta de que estaba apretando el picaporte de la puerta. Como si, de algún modo, sus palabras y el darme cuenta de que era él me hubieran llevado hasta la entrada y me hubieran obligado a coger el pomo.

«No puede ser él», me gritaba una voz. «No puedo tener tanta mala suerte».

Pero la tenía. Lo sabía de sobras. Y el azar, el destino, la estrella

o fuera cual fuera la fuerza a cargo de decidir mi suerte había hecho las maletas y me había abandonado para que me apañara sola.

Porque este hombre era el único primo al que, en secreto, había querido encontrarme en la boda. El único por el que se me había acelerado el corazón ante la mera idea de conocerlo. De que me diera esos dos besos obligatorios en las mejillas. De intercambiar cumplidos. De, con suerte, bailar juntos. De que me viera como la dama de honor de la novia. De tenerlo delante, por fin.

De las posibilidades.

Moví los dedos y la puerta se abrió con un clic.

Se me aceleró el corazón con la acción, ante la certeza de que era él. La ansiedad, la impaciencia y la esperanza me formaron un nudo en la garganta. Todas las estupideces con las que había fantaseado los meses previos a la boda se mezclaron con las nuevas emociones que provocaba el caos que había desatado. Expectación mezclada con culpa. La vergüenza dando vueltas en espiral con la expectación.

Con el pecho oprimido, abrí la puerta y...

Algo me cayó a los pies.

Miré hacia abajo y me encontré con el origen del golpe.

Estaba tirado en el suelo, boca arriba. Como si hubiera apoyado todo el peso contra la puerta y se hubiera caído hacia atrás al abrirla.

Mientras parecía que el aire apenas me entraba a los pulmones, me topé con una cabeza llena de rizos castaños. No coincidía con la imagen que guardaba, nítida, en mi memoria. O con la captura de pantalla que, de extranjis, tenía guardada en el móvil. Solo lo había visto con el pelo rapado.

—Sí que eres tú —dije en un murmullo mientras lo observaba—. Estás aquí. Tienes el pelo diferente, más largo y...

Me mordí la lengua al notar que me ruborizaba.

Puso cara de desconcierto, pero seguía siendo muy guapo. Había observado esa cara más veces de lo que estaba dispuesta a admitir. Al segundo, se le iluminaron los ojos mientras dibujaba una sonrisa.

—¿Nos... conocemos?

—No —respondí enseguida—. Por supuesto que no. Me refiero a que eres diferente a cómo pensaba que serías. Ya sabes, por tu voz. Nada más. —Negué con la cabeza—. Y lo... Ay, Dios. Perdón. Por todo esto. Yo solo...

«¿Solo qué, Rosie?»

El calor me subió hasta las orejas. En ese momento pensé que, si el suelo se abría (cosa que me parecía bastante probable) y me tragaba, ni siquiera opondría resistencia.

—¡Lo siento mucho! ¡Perdón! —Exhalé—. ¿Puedo ayudar a levantarte? Por favor.

Pero él (este hombre que ni siquiera sabía de mi existencia, pero del que yo podía recitar todos los rasgos de memoria y con los ojos cerrados) no me dio ningún indicio de que tuviera prisa por levantarse. En cambio, se tomó su tiempo para examinarme, como si fuera yo la que, de la nada, hubiera pasado por allí y le hubiera caído a los pies.

Y, justo cuando pensé que me había recompuesto lo suficiente como para decir algo (con suerte, más o menos inteligente), se le ensanchó la sonrisa. Su mirada de desconcierto se disolvió por completo y, lo que fuera que yo estaba a punto de decir, se desintegró.

Porque me estaba sonriendo. Y era una sonrisa de oreja a oreja tan franca y descarada que no sabía qué hacer.

Ni punto de comparación con la sonrisa de aquella única captura de pantalla que me había permitido guardar y que, de vez en cuando, miraba.

—Entonces —dijo, con la sonrisa luminosa y del revés—, si no nos conocemos: Hola. Soy Lucas Martín. El primo de Lina.

Sí.

Lo sabía. Sabía perfectamente quién era. No se podía ni llegar a imaginar hasta qué punto.